

EL DOCTOR DON LUIS MONTAÑA

NOTICIA HISTORICA, BIOGRAFICA Y BIBLIOGRAFICA

Memorar hechos pretéritos, esto es, acciones u obras, que fueron y se hicieron antaño, particularmente las que se produjeron en beneficio ajeno, es labor siempre grata, que aviva el seso, despierta y recrea el ánimo, refrescando el recuerdo, dulcificando el alma y dando placidez a la existencia. Lo cual, sin duda, resulta de gran mérito y provecho en la madurez de la edad, cuando pasado el estío, se vive en pleno otoño, y entonces es posible apreciar sinceramente las cosas, juzgándolas sin apasionamiento.

Tal se me antoja que acontece ahora con las acciones y obras de don Luis Montaña, cuya vida trato de dar a conocer, mediante la relación original que a pocos días de la muerte de este esclarecido varón, fué publicada en el primer número del **Semanario Político y Literario de México**, el más sesudo quizá de los periódicos que se dieron a luz en esta antigua capital de la Nueva España, allá por el año 20 de la pasada centuria.

Pero al dedicar mi turno de lectura de esta noche al enaltecimiento de la memoria de aquel insigne sabio, nuestro distinguido compatriota que duerme en el olvido más completo, he menester de la venia de esta docta Corporación, ante la cual solicito de la manera más respetuosa, que sea dignada de permitirme que en la presente ocasión no dé entero cumplimiento al precepto reglamentario, según el cual debería leer alguna memoria o artículo de orden técnico, dentro de la materia que a mi sección corresponde. Excusadme, Señores Académicos, perdonando que así no obre en esta vez, y sed servidos de aceptar como una explicación de la falta en que incurro, las razones que paso a exponer.

Ya desde el año anterior me había formado el propósito de consagrar mis labores académicas de estos períodos, inclusive el próximo venidero, al estudio de varios asuntos históricos estrechamente relacionados con la fundación de nuestra muy amada Escuela de Medicina, cuyo primer centenario no tarda en celebrarse. Pues llegué a concebir el intento de hacer con este hazecillo de mis humildes producciones, un pobre ramillete de muy modestas flores, cierto; pero tiernas y amorosas, que como emblema del recuerdo, pudieran presentarse a la venerable matrona, en su fiesta secular, ofreciéndole de tal suerte un delicado testimonio del cariñoso afecto, la sincera estimación y el profundo respeto que por ella ha sentido siempre esta

noble Academia, que al igual de sus predecesoras, principalmente la primera del año 36, ha vivido identificándose y naturalizándose con ella, si bien con mejor suerte, ya que ha podido crecer y engrandecerse con su protección y amparo, albergándose en este caliente nido, cobijada bajo el mismo techo y a la sombra de estos santos muros.

Y en tal concepto había dispuesto y arreglado mis apuntamientos y notas privadas, escogiendo de entre ellas los temas o puntos que merecieran ser considerados como los más interesantes y adecuados al objeto.

En este orden estimo que debe mirarse el que ahora da materia para mi lectura en el turno señalado. El interés que moviera mi ánimo al conocimiento más íntimo de la vida, acciones y obras del doctor don Luis Montaña, me fué intensamente suscitado por las noticias que acerca de este ilustre mexicano dejaron consignadas en los anales de la Academia de Medicina, que existió en esta ciudad de México, allá por los años de 1836 a 1842, los doctores don Casimiro Licéaga, primer director de la Escuela, en la cual desempeñó la cátedra de Medicina Legal, y don Manuel Carpio, primer catedrático de Fisiología, ambos fundadores del "Establecimiento de Ciencias Médicas", que fué el nombre primitivo que a la institución se diera, y fundadores también de la mencionada Academia.

Estos dos excelsos maestros se habían formado en la Universidad, si bien de Carpio cabe asegurar, siguiendo a su ilustre biógrafo don José Bernardo Couto, cuyo sólo nombre es prenda exquisita de veracidad, que **más que en las clases, se formó por el estudio privado.** Antes dice Couto: **Aun en los tiempos y circunstancias ménos favorables, todo lo vencen la aplicacion y el sincero deseo de saber. Este es el mejor de los maestros...**

No puedo resistir al ardoroso estímulo que me mueve a transcribir en este lugar lo que con respecto a la educación médica de Carpio, nos ha dejado escrito el señor Couto, y este anhelo vivísimo, que me domina en grado extraordinario, proviene del origen que reconocen estas noticias, y que según el mismo Couto dice, le fueron suministradas por el señor doctor don José Ignacio Durán, Director que fué de nuestra Escuela y Presidente de esta Academia, íntimo amigo y compañero de Carpio desde los días felices de la juventud.

"Cuando Carpio tomó esta resolución **(la de seguir la Medicina)**, no había entre nosotros, dice Couto, ramo de enseñanza más descuidado, ora fuese por la poca estima que de tan útil ciencia se hacía, ora porque su ejercicio se tuviera en ménos. Sólo en las Universida-

des de México y Guadalajara, había cátedras de aquella facultad: en ellas se aprendía poco, y de eso poco quizá una parte eran errores que valiera más ignorar que saber. Respecto de cirugía, en la Capital se cursaba por término de cuatro años en el Hospital Real, bajo la dirección de dos cirujanos, que daban lecciones de anatomía, sin exigirse estudios previos: en Puebla se hacia el mismo curso, aunque de una manera más imperfecta (si cabe) en el Hospital de San Pedro. Ya se ve que tan encogida enseñanza no podia contentar á un jóven del talento de Carpio. Por fortuna, al tiempo que él, abrazaron la misma carrera otros alumnos del Seminario, jóvenes despejados, y que de verdad querian aprender. Unidos todos, mientras seguian el desaliñado curso del hospital, formaron una academia privada para estudiar por sí medicina, y ofrecieron al público el primer fruto de su estudio en un acto de fisiología, que dedicaron al señor Obispo de la Diócesis, don Antonio Joaquín Pérez. Carpio fué uno de los sustantantes. Sus compañeros lo hicieron presidente de la Academia para el año siguiente, al fin del cual hubo nuevos actos, que presidió, sobre anatomía y patología externa e interna. Aquellos ejercicios llamaron mucho la atención en una ciudad donde eran del todo nuevos. El Protomedicato, por los informes de su Delegado, expidió a los sustentantes títulos de cirujanos latinos. Sin embargo, el Señor Obispo quiso que Carpio hiciese regularmente la carrera académica de medicina, y lo envió a México, asignándole una pensión, para que siguiera aquí los cursos de la Universidad. Siguiólos en efecto con exactitud, y por término de ellos recibió el grado de Bachiller; pero no tomó el de profesor en medicina, hasta que suprimido el Protomedicato en 1831, y reemplazado con una junta de facultativos que se denominó **Facultad Médica del Distrito**, tuvo ante ella los exámenes requeridos. Esto pasaba en 1832...

“En 1833 se formó un plan de estudios, aprovechando en parte el que dos años antes había presentado el Gobierno a las Cámaras. Los estudios estaban en él enriquecidos, y mejor dispuestos que en el método antiguo. Para medicina se creó un establecimiento propio, con el número de profesores necesario...

“Aquel primer ensayo sufrió sin embargo un recio contratiempo. Antes de un año vino la reaccion llamada de Cuernavaca, justa y aun necesaria en muchos puntos, apasionada en otros, como suelen serlo las reacciones políticas. Si en el nuevo plan de estudios había defectos, si alguna eleccion se había errado, si sobre todo era injustificable el acto de haber ocupado por confiscación los bienes del marquesado

del Valle para dotar la enseñanza, eso debiera haberse enmendado; pero no destruir de planta la obra, y volver las cosas a la estrechez de los antiguos métodos.

“El establecimiento de Medicina, que era todo de nueva creación, estuvo a punto de zozobrar. Y habría indefectiblemente caído, si sus profesores, con una abnegación y un celo que nunca se elogiarán bastante, no se hubieran decidido a salvarlo. Continuaron sus lecciones sin sueldo, á veces aun sin recursos para los gastos más precisos; privados una y otra ocasión del local en que las daban; pero siempre sufridos, siempre empeñados en la obra; cubriendo los claros que la muerte ú otros sucesos abrian en sus filas, con reemplazos dignos de los primeros veteranos; haciendo, en fin, una conquista, o más bien, ejerciendo un apostolado de la ciencia. Así lograron mantener la **Escuela**, que fué el nombre que luego se le dió; así adelantarla y subirla por último a la altura en que está.” (Esto se decía en 1860).

“Hacia la época en que la suerte de la Escuela era más desgraciada (1836), algunos facultativos de la ciudad formaron una academia, con el objeto de tener conferencias en que se comunicaran sus noticias y observaciones, y de publicar un periódico dedicado exclusivamente a la ciencia.

“Las conferencias se tuvieron con regularidad, y produjeron buen fruto: el periódico, que era mensual, y contiene bastantes artículos suyos, fué entre los científicos que ha habido en México, el que más larga vida alcanzó, pues se mantuvo por espacio de cinco años, desde mediados de 1836 hasta 41, en que quedó suspenso”. (En este último respecto conviene hacer una rectificación. El Periódico de la Academia de Medicina de México—tal era su título—se publicó hasta el año de 42 inclusive, formando 6 tomos en 4to., los 4 primeros en la imprenta de Galván y los dos últimos en la de Ojeda). “La academia sobrevivió poco al periódico, y aunque varias veces se la ha restaurado despues, no se ha logrado volverle le espíritu y animación que tuvo en su primera edad.” —Así hablaba Couto el año de 1860, poco después de la muerte de Carpio. Cuatro años más tarde, es decir, en 1864, en los tiempos de la Intervención francesa, como es bien sabido, nació a la vida pública esta nuestra sociedad, que ahora lleva el nombre de Academia Nacional de Medicina de México, y cuenta casi 68 años de existencia.

Volviendo al punto primordial que mira a la deficiencia de la enseñanza médica universitaria, reproduciré aunque no textualmen-

te lo que en alguna otra ocasión solemne dije hace más de veinticinco años en esta misma Academia.

"El inmortal autor de *La Grandeza Mejicana*, el egregio obispo-poeta hispano-mexicano, don Bernardo de Balbuena, ilustre cantor de este gran poema, del Bernardo, del Siglo de Oro, de la Cristiada y de varias preciosas homilías, Abad de Jamaica y esclarecido Obispo después de Puerto Rico, nos ha hecho conocer en brillantes versos el rápido y prodigioso crecimiento que la Universidad establecida en la Capital de la antigua Nueva España, casi a raíz de la Conquista, había conseguido realizar al cabo de medio siglo de fundada." (Discurso en elogio de los fundadores de la Academia N. de Medicina.—1906).

"Aquí hallará más hombres eminentes

"En toda ciencia y todas facultades

"Que arenas lleva el Gange en sus corrientes....

"Préciense las escuelas salmantinas,

"Las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas

"De sus letras y ciencias peregrinas;

"Préciense de tener las aulas llenas

"De más borlas, que bien será posible;

"Mas no en letras mejores ni tan buenas.

"Y no era, Señores, á pesar de esta modesta concesion, tan escaso el número de laureados, cuando el mismo poeta añadía poco después, hablando de la propia México:

"Donde tiene hoy su religioso celo

"Cuarenta y dos conventos levantados

"Y ochocientas y más monjas de velo;

"Una Universidad, tres señalados

"Colegios, y en diversas facultades

"Más de ochenta doctores graduados.

"En esta universidad, apenas nacida y ya gigante, que con tanto entusiasmo cantaba quien más tarde había de colocarse al nivel de Garcilaso, y quizá más alto que Ercilla como poeta bucólico y épico, recibía por este tiempo las insignias de licenciado en Derecho, quien

se aprestaba á compartir el cetro de la poesía dramática española con Lope de Vega y Calderon, con Tirso de Molina y Moreto...."—Se hace alusión a nuestro gran poeta dramático Don Juan Ruiz de Alarcón.—(Ipandro Acaico.—Oración fúnebre en las honras celebradas por la Academia Mexicana en agosto de 1878).

Pero esta famosa Universidad, que contribuyó al adelantamiento y cultura literarios de la antigua México, permaneció casi estacionaria en punto de doctrinas y enseñanzas médicas, y todavía el año de 1837 conservaba casi intactas sus constituciones, en las que podía apreciarse "el poco concepto que mereció y conservó la Medicina de parte de los fundadores y de los que sostuvieron ese establecimiento".

"La profesion del médico era la última en consideraciones de parte de los que gobernaban; sin proteccion, sin excelentes maestros, sin suficientes libros, no podia esperarse que los que se dedicaban al estudio de la más útil de las ciencias, sacasen de las escuelas los elementos necesarios para brillar algún dia en los anales de la Medicina...."—Estas palabras y las siguientes son del señor don Casimiro Licéaga.

"Ningún progreso se hubiera hecho sentir en esta (la enseñanza), si no hubiera aparecido el genio sublime, el infatigable, el sabio doctor Luis Montaña, cuyo amor á la ciencia, y cuya dedicacion á la instruccion de la juventud médica merece nuestra gratitud. Este recomendable profesor estaba muy instruido en la versión de las lenguas latina, italiana, inglesa, francesa y no le era muy extraña la griega: su aplicación a la química, y especialmente a la botánica, lo hicieron digno de recomendacion. Muy versado en el conocimiento de las obras del médico de Cos: exacto apreciador, y juicioso partidario de las teorías brownianas, que supo manejar y modificar con las luces que adquirió y adelantó en las obras de Bichat: dedicado al estudio de las epidemias del pais y de la higiene pública, y amigo infatigable de la humanidad y de la ciencia, mereció ser encargado de la cátedra de Patología en la Universidad, y dió á luz entónces, en idioma latino, una parte de sus lecciones, en las que aparece desenvuelta la doctrina aforística de Hipócrates, que tiene relación con el estudio de las enfermedades. Montaña fué el primero que abrió la senda del método en el estudio de la clínica. Algunos de sus discípulos que existían en México por el año de 37, presenciaron la exactitud de sus indicaciones y de sus pronósticos en las enfermedades, y admiraron el buen éxito de su práctica médica. Si este genio subli-

me existiera hoy entre nosotros, decía hacia esa misma época el señor don Casimiro Licéaga, la ciencia le debería muy importantes servicios. La muerte de este digno sucesor de Hipócrates es digna del sentimiento de los amigos de la Medicina y de la humanidad”.

Este hombre benéfico, fuera de múltiples atenciones,—las palabras que siguen son de Carpio—“instaba, urgía y consagraba sus horas de descanso al estudio doméstico en una academia privada, donde sus discípulos se entregaban a las tareas literarias, y en el hospital a los trabajos de la clínica. En Puebla se agitaban entónces los espíritus, y se formó otra academia secreta de medicina y cirugía: allí se trabajó con una tenacidad sin ejemplo; y á tener un hombre inteligente á la cabeza y alguna proteccion, hubiera dado escelentes frutos; por todas partes se hacian esfuerzos insuficientes; y léjos de progresar, apénas habia fuerzas para no retroceder. El sistema colonial que todo lo secaba, marchitó en flor cuantas plantaciones se hicieron, y la Medicina, lo mismo que los otros ramos de las ciencias, recibieron poco cultivo....”

“Hácia el año de 1833 formó el gobierno un colegio de ciencias médicas; sirvieron los catedráticos por su dotacion respectiva, y en obsequio de la verdad, es preciso decir que jamas fué mas completa la enseñanza médica entre nosotros. Habiendo quedado indotados los catedráticos, por una heroicidad que no todos saben tener, hicieron desembolsos periódicos para gastos del colegio, y ademas sirvieron gratuitamente, conducta que bien merecia alguna consideración; algunos meses duró este sacrificio doble, y cansados de él, se comprometieron únicamente a hacerlo sencillo, y así fué que solo estuvieron sirviendo de balde. Algún tiempo se había trabajado de este modo, cuando se les quitó el edificio o colegio.

“Habiéndose conocido la demasía con que se trató a los catedráticos, se les asignó otro edificio inútil para las lecciones, las que no quisieron dar por entonces; pero como la filantropía no conoce resistencias, formaron los catedráticos, juntos con otros individuos, una Academia de Medicina, á fin de adelantar ellos mismos y de publicar un periódico para los demas....”—Hasta aquí las palabras de Carpio.

“De intento he tomado textualmente las notas que preceden, escogitando acá y acullá en los prólogos de los tomos del periódico de la Academia de Medicina de México, redactados por Carpio y Licéaga, y lo he hecho con el objeto de llamar la atención acerca de la importancia y trascendencia que afectó, sin duda, esta famosa Aca-

demia de Medicina, cuyos ilustres miembros formaron en su mayor parte la Escuela en la cual se han educado tantas generaciones. Así habrá podido verse de cuántos y cuán grandes beneficios somos deudores a estos ilustres y modestos sabios, que tan abnegadamente supieron sacrificarse por el bien común. ¡Loor eterno a sus ilustres nombres! ¡Loor eterno a Montaña, Cervantes, Mociño, Ruiz, Escobedo, Licéaga, Carpio y tantos otros....!"

Y por las precedentes noticias fué como llegué a arder en deseos vehementes de reunir otros datos más completos sobre la vida, acciones y obras de Montaña, y así también ha sido como mediante la eficaz ayuda de mi excelente y buen amigo, el Teniente Coronel don Manuel Vázquez, del extinto Ejército Federal, actualmente encargado del Departamento Iconográfico de la Biblioteca Nacional, mi discípulo en la Escuela Nacional Preparatoria hace más de treinta y cinco años, he conseguido, al fin, poseer el conocimiento de algunas noticias, entre ellas, la nota biográfica y bibliográfica que trato ahora de dar a conocer a esta Academia.

Pero antes voy a dar cuenta de algunos otros datos, que podrán añadirse a los de la indicada nota.

En el "Calendario Manual y Guía de Forasteros en México, para el año de 1818". Por Mariano de Zuñiga y Ontiveros, se encuentran los siguientes: Pág. 65. **Médicos de Presos.**—Dr. D. Luis Montaña, Alameda No. 4.—Pág. 112. **PONTIFICIA UNIVERSIDAD.**—Dr. D. Luis José Montaña, Catedrático de Vísperas de Medicina.—Pág. 119. **REAL PROTOMEDICATO.**—Protomédico Decano, Dr. D. Luis Montaña.

En la "Guía Clínica del Arte de los Partos", por mi inolvidable maestro el Sr. Dr. don Juan María Rodríguez, segunda edición de 1878, "V.—Cuadro Metódico que señala las indicaciones y contraindicaciones del uso del cuernecillo de centeno y del Zihuatlpatl (**Montanoa tomentosa**), y los medios de combatir la disodinia, o sea el estado anormal de las fuerzas expulsivas", se lee que **el extracto de Zihuatlpatl puede usarse a la misma dosis a que se administra la ergotina de Bonjean.** (Nota. Pág. 41).

Y en la tercera edición de la misma "Guía Clínica", de dicho profesor, en la cual colaboré con mis apuntamientos y notas, aunque siempre rehusé agradecido aceptar la oferta que generosa y bondadosamente me hizo el autor, de que mi humilde nombre figurara junto al suyo, tan lleno de prestigio y merecida reputación, hablando del propio asunto, en el "II.—Cuadro metódico", de la segunda parte, se

hace referencia del uso del Zihuatlpatl (*Montanoa Tomentosa*) y se lee lo siguiente: ...“Lo que digo del cuernecillo de centeno es igualmente aplicable al Zihuatlpatl”, y se llama esta nota, al calce, pág. 164, que yo escribí: “Planta originaria de América, especialmente de México, de la familia de las *Sinantereas*, del género *Montanoa* (Llave y Lexarza) que comprende ocho especies, de las cuales dos crecen con abundancia en el Valle de México y en el Estado de Puebla, la *Floribunda* y la *Tomentosa*. El nombre de *Zihuatlpatl*, enteramente mexicano, significa yerba de mujer (zihuatl, mujer, y patl, yerba)”....

La designación botánica de *MONTANOA TOMENTOSA* me hizo buscar con ahinco la descripción del género y la especie, y por esta suerte hube de adquirir el conocimiento de que en honor del célebre Montaña se habían creado dichos género y especie. He aquí la descripción latina respectiva:

Novorum vegetabilium./

Descriptiones./

In lucen prodeunt /

Opera./

Paulli de la Llave et Ioannis Lexarza./

Reip. Mexc. Civ./

Fasciculus./

Sexaginta Descriptiones Completens./

Quarum Tvedecim./

Totidem Genera Nova./

Exhibit./

Mexici: Apud Martinum Riveram./

Ann. Dom. M. DCCC. XXV”

MONTAÑA.

Poligamia frustanea. Flos radiatus. Perianthium prentaphyllum. Pappus-o. Receptaculum convexum, paleis vestitum, hirsutissimis, semina aliquantulum involventibus.

M. TOMENTOSA.

Frutex; 5-8 pedalis, ramosissimus, ramis oppositis, erectis, villosis, tomentossisque.

Folia; inferiora cordato aut ovatotriangularia, acuta, inferne tomentosa, superne pubescentia, dentatosinuosa, petiolis plerumque alato-subpinnatifidis: superiora frequenter alterna ovato-oblonga, lanceolataque.

Pedunculi; paniculato-corymbosi, foliis aliquot floralibus, linearibus, instructi.

Flores; albi, suaveolentes, uti tota planta.

Perianthium; pentaphyllum, foliolis oblongis, inaequalibus, parvis.

Discus; ex flosculis tubulosis 12-14, tubo tereti, filiformi, limbo campanulato, quinquefido, lacinis revolutis.

Radius; ex semiflosculis 4-5, oblongis, emarginatis, bitrique dentatis, genitalibus infoecundis.

Receptaculum; parvum, convexum, paleis hirsutis admodum, membranaceis, calycem proprium mentientibus, seminaque aliquantulum amplexantibus, instructum.

Semina; obovata, compressa.

Frequentissima ad ripas defossarum juxta Mexicum, ubi a naturalibus Cihuapatli nuncupatur. Floret aestate et autumnus.

Ludovicus Montaña angelopolitanus, vir magno ingenio, acad. mexicanæ Doctor insignis, in re medica nulli apud nos secundus, rerumque naturalium vegetantium praesertim indagator diligentissimus hujus memoriae novum hocce genus.—D. Cerv.

Esta descripción es de Cervantes, de aquel don Vicente Cervantes, de quien dice don Pablo de la Llave en el prólogo del primer cuaderno de NOVORUM VEGETABILIIUM DESCRIPTIONES, escrito en latín elegantísimo: "... Vengamos ya a otro asunto, y satisfagamos un deber de gratitud. Vicente Cervantes, que treinta años há, enseña en México, con aplauso general, la botánica, y que estuvo siempre solícito a cooperar con su consejo, sus libros y repetidas exploraciones de los nuevos géneros, y no contento con esto, atraído por nuestra anti-

gua amistad, y deseoso del progreso de esa ciencia, donó nuevas plantas, con las cuales puede ilustrarse y enriquecerse fácilmente la obra que de ella trata, merece bien, que aprovechemos la ocasión, de lamentar su mala suerte y adversa fortuna, de que, innumerables familias determinadas por él, explicadas en parte, en lecciones públicas, y en parte, trasmitidas bondadosa y liberalmente, a los botánicos europeos, por medio de ejemplares secos, y las correspondientes descripciones, las haya encontrado ya publicadas en diversas obras; sin que, con raras excepciones, se haya hecho mención del autor. Digno es también de elogio el mismo Cervantes, porque, unido con Sessé, Moctiño y Echeverría, habilísimo dibujante, y no extraño a la zoología y a la botánica, tanto trabajó para preparar y perfeccionar la obra que, **para expedición de las ciencias naturales mexicanas**, se pensó, y fué comenzada, bajo malos auspicios hace tantos años. Todo ese trabajo aparece en tres grandes volúmenes, hasta hoy inéditos (**esto se decía en 1823**), con más de sesenta figuras; en las cuales, se representan, con vivos colores, aquellos animales y vegetales que parecieron más raros; todo lo cual, aunque fué transcrito ya en Europa, por la diligencia de un varón ilustre, de cuya integridad y pureza nada podría temerse, sin embargo, lo verificó, atribuyéndose a sí mismo, trabajos y vigiliias ajenos. Siendo esto así, para que no se nos pueda echar en cara lo que en otros censuramos y reprendemos, y para que á cada uno se atribuya el trabajo que le pertenece, y no seamos cubiertos con vestiduras ajenas, pondrémos al alcance de nuestras descripciones, las sílabas iniciales de nuestros apellidos..." (1). Y efectivamente, así se advierte en la precedente descripción del género y especie Montanoa.

Para terminar estas apuntaciones, vamos a transcribir el artículo biográfico que a pocos días de la muerte de don Luis Montaña, apareció publicado en el No. 1 del tomo 1o. del SEMANARIO POLITICO Y LITERARIO DE MEXICO.—Año de 1820.—En la imprenta de D. Mariano de Zúñiga y Ontiveros. Calle del Espíritu Santo.—El referido número de este periódico es del miércoles 12 de julio de 1820.

El artículo se titula: BIOGRAFIA, y consta en la pág. 15.—Tiene una nota llamada a continuación de este título, y de la cual

(1). Traducción del Sr. Lic. D. Tomás Sierra y Rosso. Reimpresión de la Soc. Mex. de Hist. Natural. "La Naturaleza". Tomo V. Apéndice. 1880-1881. México.—Imp. Ign. Escalante.—Bajos de S. Agustín 1.—1882.

vamos a dar cuenta antes de copiar el artículo. Hacia esa época, la libertad de imprenta de que se gozaba en México, merced a la nueva constitución de la Monarquía Española, por virtud de la cual, las antiguas colonias americanas pasaron a la categoría de Provincias del Reino, fué tan novedosa y abrió tan ampliamente la puerta a la publicación, que entonces aparecieron varios periódicos bajo diversos títulos. Entre ellos se contaba **El Noticioso**, que se publicaba también los miércoles y en el cual escribía el **Curioso Preguntón**. A esto se refería la expresada nota en la cual se lee: "No hemos insertado este artículo con el objeto de complacer al **curioso preguntón** que en el **noticioso** del miercoles pasado se quejó de que no se hubiera escrito hasta entonces el elogio de D. Luis Montaña: algunos dias habian pasado desde que empezamos á formar nuestras apuntaciones, y las escribimos y las publicamos ahora por los motivos que esponemos al principio de dicho artículo".

B I O G R A F I A

"La obligación que hemos contraído, al consagrar al público nuestras tareas literarias, de transmitir á la posteridad la memoria de los hombres que puedan dirigirla al honroso fin de servir a la patria; el deseo de todos los que conocieron y trataron al Dr. D. Luis Montaña, y por último la gratitud, exigen de nosotros el presente artículo, que la estrechez del tiempo y el temor de cansar a nuestros lectores, no nos permiten estender tanto como quisieramos, y como merecia un hombre tan acreedor a la estimacion y respeto de sus conciudadanos por sus talentos y virtudes.

"Nació D. Luis Montaña en la Puebla de los Angeles el año de 1755; allí estudió latinidad y filosofía en el seminario palafoxiano, y por su aplicación y docilidad mereció el aprecio de sus primeros maestros, que suele ser el pronóstico más seguro de las acciones de toda la vida. Manifestó desde sus primeros años, una decidida inclinacion a la carrera eclesiástica, por lo que sus preceptores le pusieron en las manos los libros sagrados, cuyo estudio continuó hasta los últimos dias de su vida, habiendo empezado y concluido la teología en el colegio de S. Ignacio de la misma ciudad. Pasó despues a la universidad de Méjico para estudiar la medicina, y sus progresos en esta ciencia escabrosa y larga acreditaron la buena opinion que se tenía de él. Se graduó de doctor en esta facultad, siendo aun bastante jóven, y se le condecoró con la cátedra de viaperas de medicina, la que sirvió, hasta que sus enfermedades le obligaron a retirarse, con la mayor puntualidad y acierto. Tuvo un gran número de disci-

pulos durante este tiempo en cuya utilidad invirtió la mayor parte de las horas que le dejaban libres los enfermos: con ellos estudiaba y pasaba la mayor parte del día, sin cansarse nunca de comunicarles ingenuamente cuanto sabia, aunque solia decir, sin duda por su mucha humildad: que no habia nacido ni estudiado para enseñar, sino para desconfiar cada vez mas de su saber.

Las ciencias naturales, á las que se dedicó con empeño, y particularmente la botánica y la química, abrieron un campo extenso á su estudiosidad, al mismo tiempo que distrajeron su natural melancolía. Su comunicación y amistad con los Señores Linner, Cervantes, Mociño, y con todos los médicos y naturalistas aventajados que llegaron á esta ciudad, le proporcionó los mayores adelantos en las ciencias auxiliares de la medicina; y á ellos y á su estudio debe la reputación que tuvo y conservará siempre de hombre sobresaliente en los ramos mas vastos y acaso mas difíciles de la ciencia humana.

La real academia médico-matritense le recibió en el número de sus miembros, y lo mismo hizo la sociedad médico-quirúrgica de Cádiz el año de 1819. El Señor Don Carlos IV. le nombró Catedrático de clínica del hospital general de San Andrés de Méjico. Fué muchos años individuo del tribunal del protomedicato de la misma ciudad; y hubiera sido recibido con aceptación en todas las academias de América y Europa, si su descao invencible de vivir en la oscuridad, no hubiera ofrecido un obstáculo poderoso a las súplicas y conatos de sus amigos y bienhechores.

Fué respetado y apreciado en todas partes por donde pasó, aunque la aspereza que manifestaba a primera vista, y que no abrigaba en el fondo del corazón, retrajeron a muchos de su trato y compañía. Fué siempre moderado para con los demas y muy rígido en sus costumbres; las que conservó hasta la muerte sin la menor mancha, y las que acaso le hicieron desgraciado, en una carrera en que se suele progresar y sobresalir á trueque de la reputación y de la virtud.

Amigo siempre de las buenas letras, á que habia consagrado mucha parte de sus primeros años, conservó toda su vida una desmedida afición a nuestros poetas; y tuvo que vencer las dificultades que ofrecen las lenguas extranjeras para gustar las bellezas de los Popes, de los Metastasios y de los Racines. No contento con esto quiso subir a las fuentes de la poesía y oratoria, y despues de haber leído á los escritores del siglo de Augusto se dedicó á estudiar con teson a Demóstenes y Homero en sus originales; pero su poco génio

para la poesía, y, lo que es mas probable, la falta de maestros de buen gusto que lo dirijiesen en sus primeros ensayos, le hicieron tomar un estilo hinchado y campanudo entre cuyos laberintos se traslucen algunas veces los frutos de su versación en los poetas griegos y latinos.

Formó en su casa una academia privada de poesía y elocuencia, y convidó a ella a muchos jóvenes de esta ciudad, que ó por las obras que ya habian dado ó por su aficion al estudio de las humanidades, creyó dignos de componerla. Se le oyó hablar siempre con imparcialidad de las obras què se presentaban para la adjudicación de premios; y mezcló las suyas con las demas para someterlas a la calificación de los otros censores.

Sensible y benéfico naturalmente y por educación, se prestó con gusto a cuanto exigieron de él sus amigos, sus discípulos y aun los que nunca le habian tratado. Visitaba indistintamente á los pobres y á los poderosos, sin mas objeto que el deseo de consolarlos y restablecerlos. La epidemia que nos acometió en 1813 probó su teson incansable en acudir á las necesidades y á la orfandad de las infelices victimas de un contagio tan venenoso y cruel como el que padecemos. Recorrió los hospitales, y las casas de los enfermos mas desprovistos de medios para su curacion. Derramó por todas partes su beneficencia, su liberalidad y sus conocimientos, que en estos casos suelen producir un lucro infame y exorbitante con detrimento de la humanidad y de la patria. Consagró en aquella época sus talentos y todo su tiempo a la salvación del pueblo indigente; y para que sus observaciones pudiesen ser igualmente provechosas a toda clase de pueblos y personas, publicó el cuaderno intitulado: **modo de socorrer a los enfermos en la epidemia actual en los casos en que no haya médicos que los asistan.** (Méjico, imprenta de Arizpe, 1813): monumento indeleble de su amor hácia la humanidad que deberian imitar los profesores tiránicos de la medicina.

La pobreza en que murió es otro testimonio de su poco apego á las riquezas, tan accesibles á los de su profesion en este rincon del universo, cuanto son escasos los médicos de algun séquito y muchas las preocupaciones del pueblo en favor de una ciencia tan engañadora y tan costosa.

Poseyó el latin, el ingles, el frances, el italiano, el griego. y el mejicano. Cuando todavia no se conocia en Méjico la traduccion de los **elementos de medicina de Brown.** de Serrano Manzano, la hizo él para sus discípulos, y el trabajo que impendió en trasladarla a nues-

tro idioma, sirvió para la formacion de la obra **elementos de medicina del Dr. Juan Brown, amplificados por D. Josef Mariano Mociño.** (Méjico, imprenta de Ontiveros, 1803). Escribió ademas el **Discurso sobre las afinidades botánicas**, pronunciado en el jardin botánico de Méjico, inserto en los anales de las ciencias naturales de Cabanilles, tomo 6o.: **Respuesta á D. J. L. M. sobre la controversia del arbol del hule**, inserta en las gacetas de literatura: **Prælectiones et concertationes medicae pro Hippocratis aphorismis interpretandis**, que no acabó de publicar por los excesivos gastos de imprenta que exigian. Varias obras poeticas y algunos cuadernos relativos a la insurreccion de estas colonias. Finalmente, muchos informes dados al gobierno de Méjico, que por desgracia no se han impreso, y cuyos principales objetos son los baños del peñon inmediato á esta capital: el desagüe de las lagunas, el vómito prieto de Veracruz, &c.

Con su muerte, acaecida en Méjico el día 27 de junio de 1820, perdió la nueva España uno de los hombres que mas la han servido con sus conocimientos y virtudes: perdieron los profesores y amigos de la medicina un consultor y un maestro sabio y complaciente; y todos perdimos un conciudadano religioso y atento, un protector desinteresado y generoso, y un amigo de la humanidad, de la virtud y de la ciencia”.

Este artículo biográfico aparece copiado, y así se expresa con esta palabra entre paréntesis, al pie de la inserción, en el **DICCIONARIO UNIVERSAL DE HISTORIA Y DE GEOGRAFIA**, que se publicó en México en 1854 en la Imprenta de F. Escalante y Cia.—Calle de Cadena No. 13.—Librería de Andrade, Portal de Agustinos No. 3.—Tomo V.—Pág. 513.—Mon.—Montaña.

Antes de terminar la labor emprendida sobre esta **noticia histórica, biográfica y bibliográfica**, vuelvo a recordar, como al principio, la placidez y dulzura que la madurez de la edad y, por eso mismo, la sazón de la vida traen consigo. A ello alude claramente D'Annunzio cuando se refiere a los frutos que se cosechan en la madurez de la existencia, y el pensamiento noble y generoso del gran poeta ha sido bien comprendido y estimado por ese otro excelso vate, nuestro contemporáneo compatriota Díaz Mirón, que lo ha dejado esculpido en esta rotunda e inmortal estrofa (Lascas.—Opalo):

D' Annunzio dice bien:
la sazón lleva plácido atributo,
y dulcifica el alma, como el fruto,
aunque mina el sostén!

De cuánta placidez y dulzura se ha llenado mi alma al recrearse con todas las noticias apuntadas, memorando un pasado, cuyo recuerdo alienta y agiganta, al figurarse aquellos felices cuadros de otros días, al ponderar la grandeza de otra época, cuando la patria gozaba de mayor ventura; porque todo lo que se ha recordado, hechos, acciones, obras y personajes que hicieron estas cosas, todos fueron enteramente nuestros; porque Balbuena, Ruíz de Alarcón, Juana Inés de la Cruz, Sigüenza y Góngora, Montaña, Cervantes, Mociño, Alzate, Bartolache, Tolsa, y tantos y tantos otros que han descollado en las letras, las ciencias y las artes en el suelo de la Nueva España, todos fueron hijos de una misma gloriosa y augusta madre, todos fueron hispano-mexicanos, **cuando las dos Españas unidas**, como decía Rodríguez, (1) **con los lazos de la sangre, de la lengua, de la común historia, de los comunes intereses y creencias, no eran más que una patria.** ¡Loor a España, Mexicanos! ¡Loor a México, Españoles!

Febrero 17 de 1932.

L. TROCONIS ALCALA.

(1).—Memorándum de la Operación Cesárea y Amputación Utero-Ovárica. Gaceta Médica.—1884. Nota sobre el Dr. D. Bernardo de Balbuena.
